

96

JUICIO SINTÉTICO

Paja picada son, en esta sesión, las glosas de la redondilla del licenciado Cascante, que tan en gracia cayera á su Excelencia, así como las dos décimas de consonantes forzadas.

Por primera vez tomó asiento entre los académicos fray Agustín Sanz, natural de los reinos de España, superior de los paulinos ó mínimos y confesor del Virrey, quien, ciertamente, no estuvo desafortunado en el desempeño del romance sobre la tela de Penélope. Las quintillas del marqués de Brenes y las de don Jerónimo de Monforte merecen ser leídas por la chispa y fluidez con que ambos poetas escribieron. En el romance de Bermúdez y en la composición de Rojas hay fatigosa pesadez. Ambas son poesías kilométricas, como si los autores hubieran dado preferencia á la cantidad sobre la calidad.

R. P.



ACTA NONA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL LUNES 25 DE NOVIEMBRE DE 1709

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

- | | | |
|--|---|--|
| <i>El Rmo. Agustín Sanz</i> | — | <i>El doctor don Pedro de Peralla</i> |
| <i>El licenciado don Miguel Cascante</i> | — | <i>Don Juan Manuel de Rojas</i> |
| <i>El marqués de Brenes</i> | — | <i>Don Jerónimo de Monforte</i> |
| | | <i>El doctor don Pedro José Bermúdez</i> |

Dió Su Excelencia por asunto, para escribir de repente, que se respondiese en un ovillejo á las peticiones de una dama concediéndola todo lo que pedía, sin darla nada, porque se la daba equivocadamente, por cada cosa que pedía, otra que tuviese el mismo nombre, pero que fuese diferente.

Antes de empezar la Academia de esta noche, insinuó Su Excelencia al doctor don Pedro Joseph Bermúdez que sería de su agrado glosase, de repente, esta copla de Hortensio, en la forma que aquí va escrita; que es como la dictó Su Excelencia; y que la glosa fuese en alabanza de la Academia. Y en cumplimiento de este precepto escribió, de repente, en elogio de Su Excelencia y de la Academia y de sus ingenios, y en aplauso del ostentoso Gabinete (en que se celebraban estas discretas diversiones) la glosa siguiente:

Ya muere el día; aquel monte
ó le vence ó le sepulta,
que en las sombras que descoge
todo el horizonte inunda.

GLOSA

Ya, señor, vuestra presencia
da nuevo esplendor á Apolo,
áun cuando al opuesto polo
de este hemisferio hace ausencia.
Del Parnaso á la eminencia
logran, por vos, el remonte
las plumas que al horizonte
del sol áun se ven (triunfando
de la noche) escalar cuando
ya muere el día aquel monte.

Los cisnes en sus amenas
voces, con mejor aliento,
de vuestro agrado y talento
dan musas, y no sirenas.
Las memorias de Mecenas
ya el tiempo las dificulta
dejando su gloria oculta,
porque en vuestro aplauso asombra
que solo es el que su nombre
ó le vence ó le sepulta.

Cuanto en luces y cristales
brilla esta regia mansión,
rinda la oscura impresión
de la noche á sus umbrales.
Y aunque en tornos desiguales
á ver su esplendor se arroje,
su mismo anhelo la encoje;
pues su confusión se admira
más en las luces que gira
que en las sombras que descoje.

Aun á la envidia alevosa
aquí el aplauso avasalla,
cuando áun del olvido halla
á la fama victoriosa.
Y si la noche no osa
romper (sin que se confunda)
la luminosa coyunda,
más torpe la envidia gime
que cuanto esplendor la oprime
todo el horizonte inunda.

Del R. P. M. Fr. Agustín Sanz:

OVILLEJO

Una dama me quiere y yo la quiero,
y de amor soy peón en el tablero.
Ella, aunque no es Francisca, es observante,
y deben de haberla hecho demandante,
porque pide con grande petulancia
y daránla accidentes, no substancia.
Pidióme ayer rebozo, sin embozo
díle la barba, que es dos veces bozo.
Pidióme también puntas muy contenta,
y la traje las puntas de la imprenta.
Pidióme encajes para guarnecerle,
y un tercio de caballos fui á ofrecerle.
Una pieza de tela pidió escasa,
y enviéla á la pieza de su casa.
Para garganta y brazos pidió perlas,
é hícela madrugar para cojerlas.
Porque gustó de limas sin dinero,
la encaminé á la casa de un herrero.
Limonés también quiso (caso raro)
y díselos al punto, mas de caro.
Pidióme ligas con mayor instancia;
díla las del Imperio, España y Francia.

Medias, dijo, darás. ¿Por qué te niegas?
y las medias le dí, pero fanegas.
Una caja otro día me pedía;
díla la de un tambor de compañía.
De agua de anís me pide la dé encajes;
díselos á su sed, mas no á sus trajes.
Pidió algunos retales con gran maña,
y enviéla por ellos á campaña.
Y en fin la concedí cuanto pedía;
pero aunque no negué, no concedía.

Del licenciado don Miguel Cascante:

Marica, cuanto pide tu desvelo,
como tu fino amante, doy al vuelo;
que soy de los que nunca dan enojos
á la que es la niña de mis ojos.
Qué quíeres? que te adoro;
que me des un rebozo como un oro:
daréte de tela de añascote
que en lila se urde sin llevar escote.
Ay! qué barbado, dice la muchacha,
señor galán con trompa de viscachá,
si no me da rebozo de palmitas
váyase á enamorar á las ermitas.
Del sol te daré el carro ó la carroza,
dice el rufián á su engreída moza:
ese carro de fuego dále al punto
á la ninfa que quiere dé por junto.
Daré puntas que hieran á tu gusto;
á puntas que hacen sangre no me ajusto.
Las de Flandes son finas y delgadas
si no son de las ricas y cuajadas,
—no me agradan, hermano Periquillo:
—no vale tanto aqueuse su palmillo:
porque sepa que soy en todo franco
y de España y de Francia soy el Banco.
—Piensa que soy cartuja? Eres un necio,
y por eso yo al punto te desprecio.
dí ¿qué es lo que me da tu bobería?—
Una pieza te doy de Berbería,
y si no te agradaren los tejidos
daréte de Polonia los latidos.
Daréte del Japón, para vestido,
los pájaros que vuelan en su nido,
y porque más no quieras
de tisú te daré para polleras;
y si me quíeres y me adoras mucho,
daréte del Parnaso el avechúcho:
y porque más me enlodes

las vestiduras te daré de Herodes,
y tus ojos dirán eternamente:
aquí murió un amante de repente.

Del marqués de Brenes:

Aunque es Menguilla, pues, como una roca
para pedir tan solo tiene boca;
y solo en el pedir no tiene mengua,
pues lo tiene en la punta de la lengua.
Pedirme á boca, niña, nunca intentes;
y si acaso en pedirme te desvelas
tu pedido me hará doler las muelas;
y si piensas sacarme tu amor yerra,
pues es amor soldado, y te hará guerra;
y del amor con todo yo he quebrado
y por eso, Menguilla, no han soldado.
Marte solo en mi pecho, Menga, habita,
pues ese es el amor que en mí milita.
Pídesme lienzo tú que no se halla,
y daréte yo un lienzo de muralla.
Si de Ruán pides pieza, niña mía,
una pieza daré de artillería,
para que mates tú con ligereza,
pues siempre has sido tú muy buena pieza.
Una caja me pides, que es alhaja,
enviaréte de guerra yo una caja.
Me pides de clarín para escarpines,
enviaréte trompetas y clarines,
que aunque eres tú deidad tan peregrina
yo suelo regalar á la sordina,
que lo mereces, Menga, por perfeta,
porque en aquesto soy pobre trompeta.
Si por joya, Menguilla, siempre anhelas,
enviaréte yo escudos y rodela,
y para que el regalo no se pierda,
te enviaré, aunque eres loca, alguna cuerda.
Para ser lavandera de tu ropa
me pides una esclava, y no de estopa.
y yo á fin de estorbar una quimera
enviaréte al instante la bandera.
Por hallarte del todo muy enferma
en una casa yerma,
y ser fuerza curarte,
me pides que te lleve á alguna parte.
Lo que pides haré de buena gana,
y la parte será la parte sana.
Me pides que te dé para tabaco;
ofrézcote, Menguilla, el primer saco.
Por hallarte ya en vísperas de novia

vaqueta de Moscovia
me pides para sillas: brava treta!
De fusil he de enviarte una baqueta.
Un diamante me pides que esté en punta
para abrochar la punta
de la falla, al instante
enviaréte una punta de diamante.
Envíame á decir que ahora se usa
petillo de diamantes, linda escusa;
pero peto pedirme con afeto
enviaréte al instante parapeto.
Me pides una bala de buen hilo,
y en militar estilo,
pues nadie en lo galante á mí me iguala,
enviaréte de plomo buena bala.
Un balón de papel para escribir
con gran prisa me envías á pedir;
no un balón te enviaré, como propones,
sino seis regimientos de valones.
Y si aquesto te causa, niña, enojos
daréte mis sentidos por despojos;
porque en pedir has sido demasiada
me has dejado, Menguilla, en la estacada.

De don Pedro Joseph Bermúdez:

Mandásteme, Lucinda, confiada
hacer, de *Darlo todo y no dar nada*,
la comedia contigo, y á mi modo
cuando, sin darte nada, lo doy todo;
y obedeciendo tus insinuaciones
te daré solo representaciones,
aunque no hay diferencia
de hacer tramoya á dar en apariencia.
Y como es tanto lo que yo te adoro
(perdona si al decoro
la sacra inmunidad he profanado)
que aunque ya entre el respeto y el cuidado
lo mudo y atrevido diferencio,
yo sé muy bien lo que habla mi silencio.
Digo, pues, que atendiendo á mi fineza
te quiero obedecer con gran presteza,
y todo lo que pides advirtiéndome
te lo voy de este modo disponiendo.
Y aunque se arguyen riñas y pesares
en los que tienen dares y tomares,
pues tú á tomar, yo á darte me acomodo;
con que ambos de este modo,
sin dar nuestras acciones por opuestas,
andamos en demandas y respuestas.

Un Cupido es, Lucinda, lo primero,
 y yo mi amor constante y verdadero
 te presento rendido
 para que en él recibas el Cupido;
 y porque añades que mejor parece
 si de encajes de palmas se guarnece,
 dejando de las almas
 los triunfos que te adquieren nobles palmas,
 las armas te enviaré de mi linaje
 donde tienen las palmas buen encaje;
 y por si quieres puntas, te presenta
 mi cuidado las puntas de la imprenta.
 El empeño segundo
 es que te envíe (trasegando el mundo)
 unas grandes y netas calabazas;
 y pues en eso tu favor disfrazas,
 digo que, aunque las siembre,
 te enviaré las que coja por Septiembre.
 Yo todo lo he de hacer, porque se aliente
 con ello mi esperanza á estar pendiente,
 ya que á las perlas el amor no deja
penden en oro el nácar de tu oreja,
 aunque ya su esplendor cándido y terso
 de Góngora te envió en ese verso,
 confesando que es suyo, porque airada
 no digas que te envió cosa hurtada.
 El mandato tercero
 es que al uso te lleven un vaquero
 para sacarle por vistosa gala,
 y al punto envió por vaquero á Mala,
 que así que llegue irá como mil oros
 á decirte que ciertos son los toros,
 y que yo en tus empeños, noble y fuerte,
 no escuso lance, aunque no aguardo suerte.
 Una pieza del ama fué lo cuarto;
 y yo, pasando al cuarto
 del ama que me cria un niño tierno,
 mandé con buen gobierno
 que le adorne y se vaya con presteza,
 dejándote del ama así la pieza.
 También me pides unos aguacates,
 que á tus orejas sirvan de remates,
 y porque tus preceptos recopile
 si calabazas te busqué de Chile,
 ya de Sayán envió á buscar paltas,
 porque en los aguacates no halles faltas.
 Pídesme unos candados que á tu oído
 mi pensamiento expliquen atrevido,
 y si con eso tu esquivéz aplacas
 por tí los quitaré de unas petacas.
 Unas peras también, y aunque lo agoste,
 las traeré de la huerta del Preboste.

Que te compre una negra cocinera
 prosigues, y á este empleo la primera
 ofrecerte presumo
 mi ventura, que es negra, y toda es humo.
 Telas quieres, y amor que se desvela
 en mantener la tela
 de su fineza ofrece sin bambollas
 enviarte muchas telas de cebollas;
 y por los barretones que me encargas
 ya te he comprado dos barretas largas.
 Una cadena pides, y sin pena
 de la cárcel te envío la cadena.
 Por los escudos, aunque me desarmas,
 va un broquel y el escudo de mis armas.
 Raso me pides de que estoy escaso,
 y así te doy mi desengaño raso.
 Estos son del amor breves rasguños
 y también el pedir medias y puños;
 y pues tu boca á ver medida llegas
 recibe hoy esas dos medias fanegas.
 Y porque mi valor te satisfaga
 los puños de mi espada y de mi daga.
 Vueltas pides, y si á ellas te acomodas
 digo, mi linda, que áhi me las den todas.
 Si primaveras quieres,
 solo con que este mes, Lucinda, esperes,
 con sus flores verás como te alegra;
 si sempiternas, te daré una suegra.
 Un coche pides y también un manto,
 y sin causarme tu demanda espanto,
 te doy del sol el coche
 y te prevengo el manto de la noche.
 Perlas también, y ya las atesora
 mi desvelo en el llanto de la aurora.
 Y si de tantas dádivas te obligas,
 aguarda, que aún te quiero dar dos higas,
 en tanto que otras alhajuelas pides,
 y adiós, que pues me pides, me despides.

De don Pedro de Peralta:

Hoy me pide Menguilla...
 (cuanto amo el verla, temo ya de oílla)
 Por más que me recoja ó que me ensanche
 ay! Dios! desde el tacón hasta el frontancho.
 Mas oigo que me dicen que ovillejo
 no hay ya en ese pellejo,
 y más cuando he de darle (el ser me quita);
 porque siempre el poeta más galante
 cuando ha de dar no da ni un consonante.